

..... Donde á un tiempo el vasto  
 Dragón del Norte su dorada espira  
 Desvuelve en torno al luminar inmóvil  
 Que el rumbo al marinero audaz señala;  
 Y la paloma cándida de Arauco  
 En las australes ondas moja el ala.

Pero el espíritu del poeta de Mantua no revive sólo en los detalles de las *Silvas Americanas*, sino en el plan mismo, en la concepción general de una y otra, que son dos pensamientos virgilianos. Bello canta la Zona Tórrida como Virgilio á Italia. El *Salve fecunda zona.....*, es un eco del *Salve magna parens frugum.....* El poeta llama á los americanos á la labor del campo y á las artes de la paz, como Virgilio congregaba á los pueblos itálicos después del sangriento tumulto de las guerras civiles. La enumeración triunfal de las ciudades y de los héroes en la *Alocución á la Poesía*, recuerda en seguida el desfile de las sombras de los futuros romanos, que va mostrando á Eneas su padre Anquises en los Campos Elíseos.

Y aun hay más: el arte docto é ingenioso de la dicción de Virgilio: aquellos procedimientos suyos para injertar y transponer las bellezas ajenas: aquel artificio de la imitación *compuesta*, que (como notó delicadamente Sainte-Beuve), combina muchos elementos en una sola frase, y les da bajo esta forma definitiva un valor y un alma nueva, «dos ó tres colores que vienen á fundirse en un solo rayo, dos ó tres jugos diversos que no componen más que una sola miel», es el secreto mismo de la excelencia del estilo de Bello, que en lo descriptivo y *geórgico* resulta, sin duda, el más virgiliano de nuestros poetas, como Garcilaso lo es en lo *bucólico* y en las divinas bellezas de sentimiento. La poesía agrícola de Bello

nació, como la de Virgilio, del amor simultáneo á la naturaleza y á los grandes poetas de otros tiempos; en su varia y complicadísima urdimbre han entrado hilos de innumerables telas, y sin embargo, el color de la trama parece uno.

En la poesía de Bello han de distinguirse dos elementos distintos, pero no antagónicos. Por una parte, Bello es el último discípulo de aquella escuela descriptivo-didáctica, derivada de Virgilio y de nuestro Columela: continuada por los poetas humanistas del Renacimiento, como Fracástor, el mayor de todos á pesar de lo ingrato y repugnante de su asunto, como Vida en el poema *Del juego del Ajedrez* y en el de la *Cria de los gusanos de seda*, como Pontano en el *De Hortis Hesperidum sive De citrorum cultu*: tradición que después, con inspiración menos fresca y lozana, pero con notable habilidad para realzar lo prosaico y pequeño, «*addere rebus angustis honorem*», convirtieron en patrimonio suyo, poco menos que exclusivo, los versificadores latinos de la Compañía de Jesús, autores de innumerables y muy elegantes poemas didascálicos de materia botánica y agronómica, como los *Huertos* del P. Rapin, el *Praedium Rusticum*, de Vanière, el de *Connubiis florum*, de La Croix, y otros muchos que cantan parcialmente algunas de las producciones celebradas por el mismo Bello, v. gr., el café (*Faba arabica-Caffeum*), asunto de dos diversos poemitas de Tomás Bernardo Fellon y Guillermo Massieu. Obra maestra de este género es la *Rusticatio Mexicana*, del guatemalteco P. Landívar, que, como libro americano, no parece creíble que fuese ignorado por hombre de tan inmensa lectura como Andrés Bello. De esta poesía latina jesuítica (llamada así con

entero rigor, puesto que apenas se puede citar, aun entre sus cultivadores seculares, ninguno que no saliese de las aulas de la Compañía (1), es una degeneración la poesía descriptiva del siglo pasado en lenguas vulgares, especialmente la que floreció en Francia con el abate Delille y sus discípulos. Pero este género, que en latín se tolera, y aun divierte como una especie de gimnasia recreativa, resulta pueril y enfadoso en una lengua vulgar, en que ni siquiera existe, ó es mucho menor, el mérito de la dificultad vencida. Versificar enteras la física, la historia natural, la agricultura y la jardinería, como pretendió Delille, era una tarea absurda, de la cual toda su habilidad de versificador, riqueza de vocabulario, y destreza en el uso de las perífrasis, no podían sacarle airoso. Así es que Bello, que estimaba mucho el talento de Delille, y que tradujo medianamente un fragmento de sus *Fardines*, y admirablemente otro sobre *La Luz*, que vale por cualquiera composición original, se guardó bien de imitar en sus propias *Silvas* la taracea prolija y menuda de aquel hábil mecánico de versos; y tratando el paisaje y la agricultura americana de un modo casi lírico, puso en él la emoción del desterrado, el severo magisterio del moralista, la pasión del ciudadano comprometido en lucha civil, la elevada y serena contemplación científica, y otros elementos de interés humano, que en vano se buscarían en el arte frívolo del abate Delille: mero pasatiempo de sociedad sin jugo de ideal poético.

Lo que salvó á Bello del contagio de la falsa poesía di-

(1) Por ejemplo, nuestro D. Ignacio López de Ayala, elegante autor de dos poemas latinos, uno sobre las termas de Archena y otro sobre la pesca de los atunes (*Cetarion*).

dáctica, fué, no sólo su virtud poética, que era muy real aunque pareciese templada y modesta, sino el severo y formal estudio de la ciencia del mundo físico y de sus leyes, al cual se había consagrado muy joven, estimulado por el ejemplo y los consejos de Humboldt. Y he aquí el segundo elemento cuya presencia reconocemos en las *Silvas Americanas*, y que templó y robustece el impulso literario, impidiéndole degenerar en vano *diletantismo*. Si algún género de creación artística puede reclamar como suyo el siglo XVIII, es sin duda el consorcio de la literatura y de la ciencia, la invasión del espíritu naturalista en la prosa de Buffon, de J. Jacobo Rousseau, de Bernardino de Sainte-Pierre; sin contar con aquella especie de *monismo* poético que centellea en algunas páginas de Diderot. El grande heredero de la tradición científica del siglo XVIII, y destinado á sobrepujarla muy pronto y á hacer entrar en nuevas vías el pensamiento moderno, heredó también aquellas luminosas condiciones de exposición; y desde el *Viaje de las regiones ecuatoriales* hasta el *Cosmos*, mereció por medio siglo el nombre de mago de la ciencia, juntando en rara armonía las cualidades de genio inventivo y las de expositor animado y brillante. Humboldt tiene que reclamar también su parte en el canto de Bello; y para no citar más ejemplos, el bello mito de la diosa Huitaca y del civilizador Nenqueteba, y del despeñamiento del Tequendama y la inundación del valle de Bogotá, en la *Alocución á la Poesía*, está tomado de los *Paisajes de las cordilleras*, y el mismo Bello lo declara así en una nota.

De la originalidad de la tentativa de Bello dentro de la literatura española, no puede dudarse: lo cual no

quiere decir que carezca de algunos y muy calificados precedentes: la *Grandeza Mejicana* en lo descriptivo, el *Poema de la Pintura*, de Pablo de Céspedes, en lo didáctico. Nada á primera vista más remoto de la manera laboriosa y un tanto rigida de Bello que la abundancia despilfarrada del obispo Valbuena; pero la semejanza reside, no sólo en la comunidad del tema americano, sino en ciertos detalles de labor fina y prolija que no deja de intercalar Valbuena en medio de la intemperante prodigalidad de sus descripciones. Pero por punto general, es cierto que en ellas, lo mismo que en las del Ariosto, su maestro predilecto, domina lo *fantástico* sobre lo *icástico*, al revés de lo que acontece en Virgilio y en Bello. Céspedes pertenece á la escuela de éstos últimos, aunque en sus octavas, lo mismo que en sus cuadros, la corrección del dibujante y el arte clásico de la composición no empezca á lo brillante y armonioso del colorido. Céspedes, discípulo asombroso de Virgilio, si ya no rival y émulo suyo en episodios como la descripción del caballo y el elogio de la tinta, tiene más alma poética, más empuje y grandeza que Bello; pero el numen que le inspira es también el numen de las *Geórgicas*, aunque aplicado á diversa materia; y fué sin duda el racionero cordobés uno de los principales maestros que enseñaron á Bello el arte divino de ennoblecerlo todo con los matices y lumbres de la dicción poética, como él había descrito y ennoblecido la cuadrícula y la concha de los colores.

El sentimiento de la naturaleza nunca ha sido muy poderoso en España, ni tal que por sí solo bastara á dar vida á un género especial de poesía. El paisaje en nuestros bucólicos es convencional, en los autores de poe-

mas caballerescos quimérico y arbitrario. Sólo por lujo y gallardía de estilo se hacían alguna vez largas enumeraciones de plantas, frutos, aves y peces, caracterizándolos con epítetos pintorescos. Lope de Vega tiene muchas en sus comedias, y aun en composiciones líricas como el *Canto del Gigante á Crisalda*, inserto en la *Arcadia*. Al mismo género de descripción, pero con más acentuado carácter de exactitud naturalista, pertenece la égloga de Pedro Soto de Rojas, *Marcelo y Fenijardo*, que seguramente Bello habría leído en el *Parnaso Español*, de Sedano.

Pero hay antecedentes más inmediatos. Don Miguel A. Caro, autor del juicio más profundo que conocemos sobre las obras poéticas de Bello, ha hecho notar no sólo las analogías indudables, sino las deliberadas imitaciones que el poeta venezolano hizo de algunos pasos del muy estimable poemita de Arriaza, *Emilia ó las Artes*, obra que quedó incompleta y yace injustamente olvidada, con estar sembrada de elegantes versos y felices descripciones, y ser sin duda de lo más limado que nos dejó su autor, renunciando por esta vez á sus hábitos de improvisación. El ingenio frívolo y ameno de Arriaza no alcanzó, sin embargo, á dar unidad ni trascendencia poética á su obra, que se reduce á una serie de vistosos paisajes de abanico; por lo cual, y por otras razones, queda inferior á las *Silvas Americanas*; pero es cierto que Bello le imitó «en ciertos toques descriptivos y en el arte de versificar», y aun en imágenes y comparaciones, como puede notarse en la siguiente, en que notoriamente la ventaja es del poeta español:

## ARRIAZA.

Y como si en jardín de avaro dueño,  
 Que entre sus flores vive aprisionado,  
 Dama gentil se asoma, de halagüeño  
 Mirar, que con su ruego y con su agrado  
 Del severo guardián desarma el ceño;  
 Que entra alegre, y se arroja, y el nevado  
 Pecho reclina al suelo, y las hermosas  
 Manos perdidas vagan por las rosas;  
 Y escogiendo fragancia y colorido,  
 En tantas flores párase indecisa;  
 Mas codiciosa del botín florido,  
 Son su despojo al fin cuantas divisa:  
 Hasta que expira el plazo concedido,  
 É involuntario el pie mueve remisa,  
 Pareciéndole al paso que se aleja  
 Flores más lindas las que atrás se deja.....

## BELLO.

Como en aquel jardín que han adornado  
 Naturaleza y arte á competencia,  
 Con vago revolar la abeja altiva  
 La más sutil y delicada esencia  
 De las más olorosas flores liba;  
 La demás turba deja, aunque de galas  
 Brillante, y de süave aroma llena,  
 Y torna, fatigadas ya las alas  
 De la dulce tarea, á la colmena.....

¿Y no habrá fundamento para decir, aunque no se haya notado hasta ahora, que ciertas octavas de *La Agresión Británica*, de Maury, publicada en 1806, contienen ya como el programa de *La Agricultura en la zona tórrida*, y pudieron y debieron influir en Bello, que tanto admiraba la pericia técnica del vate malagueño, y que le tenía por uno de los más primorosos artistas métricos de nuestra lengua? Pues Maury, en *La Agresión*, no sólo

poetiza, con perifrasis de la misma familia que las de Bello, la cochinita, el añil, el palo de campeche y la caña de azúcar, sino que en robustísimas octavas canta la grandeza de los Andes, de la cual le parecen débil remedo las cordilleras de Europa:

Si bien Pirene en puntas de diamante  
 Á las etéreas auras se sublima,  
 Y del golfo Tirreno al mar de Atlante  
 Los recios brazos tiende y falda opima;  
 La esmalta Ceres con pincel brillante  
 Mientras marmórea nieve orla su cima,  
 Y se derrumba en rugidor torrente,  
 Ó se liquida saludable fuente:

Si Apenino en su altura excelso niega  
 Que humano pie sus términos transite,  
 Y antes allá se espacia en grata vega,  
 Que al delicioso Edén quizá compite;  
 Y humillándose más, rendido llega  
 Á perderse en la concha de Anfitrite,  
 Á un lado envuelto en olas espumosas,  
 Al otro en frutos y odorantes rosas:  
 Débil remedo son de la alta, ingente  
 Sierra adusta y feraz, trono de Pales,  
 Que alzando, en medio al Ecuador, la frente,  
 Del Austro vió los yermos arenales,  
 Y eslabonando fué la zona ardiente,  
 Y va á encontrar las Osas boreales;  
 Que tanto en montes se enricó fecundo  
 El hemisferio occidental del mundo.

Donde, á par de la cumbre áspera, inculta,  
 Hórrida, veis hermosos bosques fríos;  
 Do los barrancos que el verdor oculta  
 Abismos son y piélagos los ríos;  
 Y un monte y otro monte allí sepulta  
 En cavernosos cóncavos sombríos  
 El rojo mineral y tersa plata,  
 Á los hijos del sol dádiva ingrata.

El arte de la descripción americana, á lo menos de la descripción por grandes masas, estaba adivinado, pero

había que descargarle de tanta pompa y fausto retórico, y este fué el triunfo de Bello, siempre más sencillo y modesto, aun en su majestuoso artificio.

Pero no puede decirse que al imitar al poeta andaluz le mejorase siempre. Había dicho Maury de la cochinilla y del añil:

Mientras purpúreo el insectillo indiano  
Ya del sidonio mûrice desdoro,  
Los albos copos á teñir se apresta  
Cual púdico rubor frente modesta.  
Se apresta el polvo que en pureza tanta  
Copia el zafiro del cerúleo cielo....

Y escribe Bello:

Bulle carmín viviente en tus nopales  
Que afrenta fuera al mûrice de Tiro,  
Y de tu añil la tinta generosa  
Émula es de la lumbré del zafiro.

El segundo verso es casi idéntico, salvo poner *Tiro* en vez de *Sidón*. El *carmin viviente* es una de aquellas felicísimas invenciones de expresión pintoresca en que Bello no tiene rival; pertenece al mismo género que los *sarmientos trepadores*, *las rosas de oro* y *el vellón de nieve del algodón*, *las urnas de púrpura del cacao*, y *los albos jazmines del café*. Pero en su línea no vale menos la delicada comparación del *púdico rubor* en que Maury enlaza de un modo tan feliz como inesperado lo físico con lo moral. Y en la descripción de la caña de azúcar triunfa también el vate de Málaga sobre el de Caracas. Los tres versos de Bello:

Tú das la caña hermosa  
De do la miel se acendra,  
Por quien desdeña el mundo los panales....

son compendio, pero no sustitución ventajosa, de esta octava de *La Agresión Británica*:

Mas ¿qué otra planta en vástago lozano  
Predilecta del sol, frondosa crece,  
Y esclavo della el útil africano,  
Tal vez con ayes lánguidos la mece?  
Liba la abeja almibares en vano  
Á cuantas flores primavera ofrece:  
Con más dulzura el tributario arbusto  
En nevado panal deleita el gusto.

Y después de esta disección, quizá en demasia prolija, dirá alguno, ¿qué le queda propio á Bello, tributario de tantos poetas y prosistas distintos? A mi entender, le queda casi todo: le queda su maravilloso estilo, del cual ha dicho el gran poeta colombiano Pombo que «es un manso río cargado de riqueza y con el fondo de oro»: le queda aquel peregrino sabor, á la vez latino y americano, que al mismo tiempo que nos halaga el gusto con la quinta esencia del néctar clásico, estimula el paladar con el jugo destilado de las exóticas plantas intertropicales. En los cantos de Bello llegan á nosotros los sonos de la avena virgiliana y de la flauta de Sicilia, armoniosamente mezclados con el *yaravi* amoroso, que suena desde el lejano *tambo*, mientras brillan en el cielo las cuatro lumbres de la Cruz Austral, y se perciben en el ambiente tibio y regalado las luminosas huellas del *cocuyo* fosforescente. Le queda la fusión de lo antiguo y de lo novísimo; de la precisión naturalista y de la nostalgia del proscrito: el arte de dar cierto género de vida moral á lo inanimado, personificando al *maíz* «jefe altanero de la espigada tribu»; haciendo desmayar dulcemente al *banano*, rendido bajo el peso de su carga; mostrándonos la solicitud casi maternal con que el *bucare* corpulento ampara á la tierna

*teobroma*; y poetizando, como ya notó Caro, la lucha por la existencia en las plantas á cuyas raíces viene angosto el seno de la tierra. Y no le quedan sólo detalles exquisitos, sino cuadros de gran composición clásica, como el incendio y la repoblación de las florestas, que por cualquier lado que se le mire es digno de las *Geórgicas*; pinturas épicas é idílicas, como la edad de oro de Cundinamarca y *el salto audaz del Bogotá espumoso* y la montaña abierta por el cetro divino de Nenqueteba.

¿Quiere esto decir que las *Silvas Americanas* carezcan de defectos? Toda obra del ingenio humano los tiene, por breve que sea su extensión. *La Zona Tórrida* se acerca á la perfección de estilo en cuanto cabe, pero todavía puede notarse, en medio de tantos granos de oro puro, alguna muestra de metal más vil, alguna perifrasis afectada y pseudoclásica; por ejemplo, aquella rebuscadísima hablando del café:

Y el perfume le das que *en los festines*  
*La fiebre insana templará á Lico.*

La parte moral de la misma *Silva* comienza admirablemente, pero se prolonga demasiado, tiene ciertas trazas de sermón, y sólo la nobleza de la frase sostiene y realza algunos pasajes, que evidentemente fueron pensados de un modo prosaico. Pero donde la desigualdad llega á ser intolerable es en ciertos fragmentos de la *Alocución á la Poesía*. Al ponerla en esta colección, hemos cercenado íntegra la segunda parte; no en verdad por escrúpulos patrióticos, puesto que las injurias que contiene contra España á nadie perjudican más que á la memoria de su autor, y por otra parte están tan floja y desmayadamente dichas, que no prueban gran convicción

en el ánimo de Bello, sospechoso en su tiempo de tibio republicanismo, y de hacer un poco el papel del patriota por fuerza; ni pueden hacer gran mella en quien no tiene reparo en insertar y elogiar el *Canto* de Olmedo á Bolívar. Pero literariamente da pena (aunque por otra parte nos parezca á los españoles justo castigo de un malo y descastado impulso) ver á tal hombre como Bello empleado en la afanosa tarea de tejer un catálogo histórico de los *libertadores* y de sus hazañas, en versos que á veces (sin irreverencia sea dicho) nos parecen dignos de alternar con los disticos de la Historia de España del P. Isla. ¿Quién diría que el delicioso poeta virgiliano tuvo valor para afejar una de sus obras más selectas con renglones de esta guisa?:

Y la memoria eternizar desea  
De aquellos granaderos de á caballo  
Que mandó en Chacabuco Necochea.

.....  
Ni sepultada quedará en olvido  
La Paz, que tantos claros hijos llora,  
Ni Santa Cruz, ni menos Chuquisaca,  
Ni Cochabamba.....

.....  
Ni tú de Ribas callarás la fama,  
Á quien vió victorioso Niquitao,  
Horcones, Ocumare, Vijirima,  
Y dejando otros nombres que no menos  
Dignos de loa Venezuela estima.....

.....  
«Muera (respondes) el traidor Baraya,  
Y que á destierro su familia vaya.»

.....  
Ortiz, García de Toledo, expira,  
Granados, Amador, Castillo, mueren,  
Yace Cabal, de Popayán llorado

.....  
Gutiérrez, el postrero aliento exhala.